

■ EDGAR IVÁN ESPINOSA MARTÍNEZ

La construcción de lo “nacional” desde las regiones.
La Revista de Nuevo León y Coahuila, 1863-1864

RESUMEN.

Este artículo muestra que mientras las estructuras política o económica de México fueron incapaces de propiciar las condiciones necesarias para la constitución de la nación, los proyectos mediante los que se difundían las ideas, las palabras y el pensamiento lograron dotar de sentido a ese ente nacional. Por tanto, consideramos que durante el siglo XIX las letras mexicanas tuvieron una función estratégica, así como también las publicaciones y revistas por las que se difundieron. Este trabajo se centra en *La Revista de Nuevo León y Coahuila*.

PALABRAS CLAVE: POLÍTICA, ECONOMÍA, NACIONAL, REGIÓN, PUBLICACIONES.

ABSTRACT

This article shows that while the political or economic structures of Mexico were unable of propiciar the necessary conditions for the constitution of the nation, the projects by means of which difundían the ideas, the words and the thought attained dotar of sense to this ente national. Therefore, considered that during the century XIX the Mexican letters had a strategic function, like this as also the publications and magazines by which difundieron. This work center in *La Revista de Nuevo León y Coahuila*

KEYWORDS: POLITICY, ECONOMY, NACIONAL, REGION, PUBLICATIONS.

LA CONSTRUCCIÓN DE LO “NACIONAL” DESDE LAS REGIONES. *LA REVISTA DE NUEVO LEÓN Y COAHUILA, 1863-1864**

EDGAR IVÁN ESPINOSA MARTÍNEZ**

La historiografía sobre el siglo XIX mexicano arroja conclusiones contundentes acerca de las condiciones en las que se encontraba el país. Los historiadores señalan que, si bien se logró romper con el régimen colonial, durante mucho tiempo fue imposible instaurar otro estable y duradero; también, se han documentado las incontables luchas intestinas que por distintos motivos (monárquicos-republicanos, centralistas-federalistas, conservadores-liberales, regiones-centro) se desataron en una sociedad heterogénea (mestizos, criollos, indígenas, mulatos, negros); otro aspecto conocido es el poco desarrollo de las vías de comunicación en el territorio nacional, lo que incidió en el atrincheramiento de las regiones, en la irrupción de cacicazgos y en la separación de entidades (Texas lo consiguió, Yucatán lo intentó); asimismo, ciertas investigaciones indican la condición precaria –podría decirse al borde del colapso– de la economía nacional; por si todo esto fuera poco, hay que recordar las invasiones de los ejércitos estadounidense [1846-48] y francés [1862-66]. Lo anterior es información bien conocida no sólo por historiadores, sino por la población en general.

En un escenario por demás desventajoso, que atentó contra la formación del Estado mexicano, se deduce que las crisis políticas, militares y económicas fueron durante varias décadas obstáculo para la conformación y consolidación de lo nacional. Dicho sentido del ser nacional llegó desde otro ámbito –un tanto despreciado ahora por los historiadores profesionales–, como lo es el de las ideas, las palabras, la escritura, la literatura. Muestra del planteamiento anterior lo encontramos en un sinfín de esfuerzos editoriales producidos a lo largo y ancho del país durante aquella centuria, como periódicos, revistas, catecismos, historias, crónicas y novelas, cuyo objetivo era construir y fomentar un sentido de pertenencia. En otros términos, mientras las estructuras política o económica fueron incapaces de propiciar las

* Este trabajo se presentó en el Seminario de Historia Regional organizado por el Centro de Información de Historia Regional Hacienda San Pedro, de la Universidad Autónoma de Nuevo León, el 17 de octubre 17 de 2009.

** Doctor en historia moderna y contemporánea por el Instituto Mora. Profesor del posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

condiciones necesarias para la constitución de la nación, los proyectos por medio de los que se difundían las ideas, las palabras y el pensamiento lograron dotar de sentido a ese ente nacional. Por tanto, consideramos que durante el siglo XIX las letras mexicanas tuvieron una función estratégica.¹ Pero lo nacional, lo mexicano, representa algo plural, múltiple, amplio y variado, por lo que es posible encontrar un sentido de mexicanidad en cada región. Un ejemplo de esas propuestas la encontramos en *La Revista de Nuevo León y Coahuila*.

LAS REGIONES SE ATRINCHERAN: SANTIAGO VIDAURRI EN EL BAJO RÍO BRAVO [1855-1864]

Durante la segunda mitad del siglo XIX –en especial los lustros que siguieron a la guerra frente a Estados Unidos, la posterior ocupación y la derrota–, comenzaron a gestarse en algunas regiones del país movimientos políticos y estallidos sociales que reclamaban autodeterminación en ciertos espacios. Si bien dicha condición ya estaba presente, la avivaron la invasión estadounidense y la consecuente derrota. Una de esas consecuencias se dejó ver, por ejemplo, en los problemas y disyuntivas que debió enfrentar la institución presidencial a partir de la emergencia de poderosos e influyentes jefes militares y caudillos locales. En suma, lejos de ser un Estado nacional estable, México era un país donde predominaban las dinámicas regionales.

Estudios sobre la época distinguen una de las mayores dificultades a la que debió hacer frente el Estado mexicano a principios de la década de 1860: organizar un poder central estable. Walter Scholes, al abordar la política mexicana en tiempos de Juárez, advierte el grave problema que representaron los jefes locales ubicados por todo el territorio nacional, al contar con amplias facultades debido a la situación interna (luchas intestinas, guerras e invasiones, falta de efectivo).² Por su parte, Brian Hamnett, al estudiar el periodo presidencial de Juárez y señalar a sus “rivales políticos”, destaca la forma en la cual el oriundo de Oaxaca tuvo que atender dos frentes: por un lado, negociar con las figuras políticas y militares de varias regiones, y, por otro, afirmar con fuerza el poder ejecutivo.³

¹ José Ortiz Monasterio, “La formación de la literatura nacional y la integración del Estado mexicano”, 2001, pp. 419-428.

² Walter Scholes, *Política mexicana durante el régimen de Juárez*, 2006, pp. 86.

³ Brian Hamnett, “Benito Juárez. Técnicas para permanecer en el poder”, 2004, pp. 181.

Las realidades y los intereses de las distintas regiones y zonas del país acabaron por convertirlo en un mosaico de singular complejidad. Y uno de los rubros en donde se llevaba a cabo esta lucha –lo cual guarda relación con el presente trabajo– era la articulación de los posicionamientos político-ideológicos, así como las formas en que éstos se manifestaban. Si bien las posiciones de personajes y grupos variaban según proyectos y coyunturas, que obedecían a las circunstancias de cada lugar, es posible afirmar que se sustentaban en el liberalismo mexicano de la época.⁴

Sin embargo, es necesario advertir que, al propio tiempo de que se gestó un posicionamiento liberal entre la clase política mexicana, entre algunos de sus integrantes empezó a surgir una “ética conservadora” –apego a los valores religiosos, respeto a la autoridad tradicional, buena educación y modales– como propuesta de estabilidad y orden para México después de independizarse. Para los años de 1840, se comenzaba a delinear un proyecto político conservador claro e identificable (mantener los valores morales y religiosos de la Colonia, sin renunciar a las reformas que reclamaba la nación).⁵ A partir de las condiciones mencionadas, consideramos el actuar de Santiago Vidaurri (1809-1867).

Antes de hacerse del control político, militar y administrativo de la entidad, Vidaurri tuvo desempeño tanto en la lucha y combate que se hacía al indígena, en esa parte de la frontera como parte del Ejército del Norte, como en aspectos relativos a la administración pública, sirviendo como secretario a varios gobernadores que le antecedieron. Los servicios que prestó como expedicionario a Arista, durante la guerra con Texas, y su desempeño como oficial mayor y secretario de los gobernadores Joaquín García, Pedro Ampudia y Manuel María de Llano muestran a un personaje inmerso en las redes de poder político y militar local. Sus experiencias en ambos rubros durante las décadas de 1830 y 1840 –época en la cual se suscitan acontecimientos que delinearían el porvenir de la entidad y la región, como la

⁴ David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, 2004, pp. 137. Aquí se advierte sobre la respuesta que dichos regionalismos, como expresiones de grupos progresistas, hacían respecto a ciertas condiciones que todavía imperaban como resabios del antiguo régimen (clasificación étnica, desigualdad económica, ausencia de reconocimiento político). Esos movimientos sustentaban los intereses de sectores hasta entonces marginados (propietarios y comerciantes en pequeño, artesanos, textiles, mineros), quienes se inspiraban en el liberalismo que dominó la arena política e ideológica en México entre 1824 y 1855. Algunos de los presupuestos y aspiraciones de ese liberalismo (república federal democrática, instituciones representativas, sociedad secularizada, desarrollo de la libre empresa) seguirán presentes incluso durante la segunda mitad del siglo XIX.

⁵ Humberto Morales y William Fowler, “Génesis y evolución del pensamiento conservador en México durante el siglo XIX”, 2002, pp. 49-73. Los autores detectan tres etapas del conservadurismo mexicano durante el siglo XIX [1821-1857; 1858-1876; 1876-1910] y muestran cómo dicha tendencia se originó en el seno de las ideas liberales de las distintas épocas.

separación de Texas y la invasión del ejército estadounidense— le fueron útiles al presentársele la coyuntura que le permitió aparecer y ejercer como el máximo líder militar y político de la entidad y la región.

El jefe neoleonés tuvo presencia notable e influencia poderosa en la entidad durante un periodo que iría desde la proclamación en Monterrey del Plan Restaurador de la Libertad, el 25 de mayo de 1855, hasta el momento en que Juárez y su séquito se instalan en la capital del estado, en marzo de 1864. Dicho proyecto, cuyas premisas eran tomadas del liberalismo a partir del cual Nuevo León reasumía “su soberanía, libertad e independencia”, constaba de siete puntos. De ellos, el segundo y quinto resultan de particular interés, por ser donde se estipula el encargo del mando político y militar de la entidad a Vidaurri, así como se extiende la invitación para que se integraran a ello las entidades tamaulipeca y coahuilense para formar “un todo compacto y respetable” que respondiera con solvencia a las amenazas del momento (los “bárbaros”, las incursiones de filibusteros, defender la nueva frontera).⁶

Al calor de los debates y las movilizaciones desatadas entre los hombres fuertes de distintas regiones —con Álvarez a la cabeza, cuyo punto culminante se presentó con el Plan de Ayutla en 1854, como reacción a la llegada, una vez más, de Antonio López de Santa Anna—, el Plan Restaurador de la Libertad parecía en principio estar en consonancia con lo que estipulaba el elaborado en la población guerrerense, salvo por uno de los puntos mencionados en el documento (mantener a los estados y territorios bajo la administración de un gobierno central). Precisamente la irrupción de Vidaurri se daba, entre otras situaciones, por la ineficacia de los gobiernos centrales en cuanto establecer una estabilidad nacional.

Con la reformulación del Plan de Ayutla en Acapulco y el derrocamiento de Santa Anna, sobrevinieron una serie de pronunciamientos que reclamaban la autoorganización de ciertas entidades y regiones ante la ausencia de estabilidad política en el país. Así, Doblado en la zona del Bajío, Carrera en la capital del país, Degollado en Jalisco, Haro en San Luis Potosí, el citado Álvarez en la Costa Chica y en la sierra del actual Estado de Guerrero, González Ortega en el ámbito zacatecano, los hermanos Díaz en la región de Oaxaca, Mejía en la Sierra Gorda y Vidaurri en las entonces unidas entidades de Nuevo León y Coahuila, resultan ser elocuentes ejemplos de la dificultad permanente por articular un pacto político nacional.

⁶ Arturo Gálvez, *Regionalismo y gobierno general. El caso de Nuevo León y Coahuila, 1855-1864*, 1983, pp. 185 y 186 [Apéndice documental]. En el año 2000, el Archivo General del Estado de Nuevo León volvió a editarlo con el título *Santiago Vidaurri. Exaltación del regionalismo nuevoleonés*.

Y mientras a algunos de esos militares y políticos los seducía la idea de ocupar la primera magistratura de la nación –como fueron los casos de Haro y Álvarez, siendo este último designado presidente en octubre de 1855–, Vidaurri se concentraba en reorganizar la administración pública de Nuevo León, a partir de la coyuntura que ofrecía la condición del bajo río Bravo a unos cuantos años de haber adquirido carácter binacional.

Es cierto que en el periodo mencionado aparecieron otros personajes que ejercieron como gobernadores interinos –Aramberri o Gómez–, pero el mando siempre recaía en última instancia en el mencionado jefe político y militar. Su postura resultó ser un abierto desafío e implicó un constante problema para las administraciones federales encabezadas tanto por Comonfort como por Juárez, justo en los momentos próximos a implantarse el efímero Segundo Imperio. Su osadía fue tal que, al año siguiente de haber asumido el poder como gobernador y comandante en jefe, unió a Coahuila con el estado que encabezaba, mediante un decreto emitido el 19 de febrero de 1856, creando así por varios años una sola entidad: la de Nuevo León y Coahuila. Se trató de una forma de articular un gobierno general a partir de las condiciones de la dinámica regional imperante.⁷

Pero, en realidad, la hegemonía que logró imponer el nativo del municipio de Lampazos –población ubicada al norte de la entidad– se dilatava todavía más allá; su influencia y relación con políticos, militares, comerciantes y mercaderes se dejaba sentir en zonas de Tamaulipas y Texas, incluso en parte del Altiplano potosino y del territorio de Chihuahua. Vidaurri se encontraba a la cabeza de un poder que englobaba aspectos como lo político, lo militar y lo económico, y hasta con un estilo de vida propio de esa parte de la frontera septentrional, que respondía a circunstancias tanto históricas (combate al indígena, en la que se templó el personaje) como coyunturales (condición de nueva frontera).

Ronnie C. Tyler, historiador texano que ha estudiado el perfil político e ideológico del citado líder norteño, así como su presencia e influencia en buena parte de esa zona fronteriza, sugiere la siguiente representación:

⁷ *Ibid.*, pp. 101-112; 188-190. Para dicha disposición, Vidaurri y su secretario Jesús Garza González apelaban a situaciones como el supuesto interés de los pueblos de Coahuila en integrarse a la entidad vecina, para “disfrutar los goces sociales” que habrían recibido, para resistir “las incursiones de los bárbaros y las injustas agresiones de los filibusteros texanos” y para “evitar en lo sucesivo los embarazos que se presentan en la marcha administrativa”. Sin embargo, el artículo primero del decreto señala que Saltillo y Ramos Arizpe se habían “opuesto formalmente a la unión”. De hecho, la capital coahuilense haría pública su adhesión al Plan de Ayutla [1 de marzo de 1854, reformado en Acapulco el 11 del mismo mes] el 23 de septiembre de 1855.

Vidaurri era de una generación de jóvenes norteros que amaba su región, pero estaba menos dispuesto que otros a sacrificar esa devoción por una causa nacional. Eventualmente se convirtió en uno de los voceros de los derechos de los estados en México, y su deseo por la autonomía local lo obligó a abandonar el nacionalismo mexicano. El partido, el estado y el país estaban subordinados a sus intereses personales, y en esto fue consistente. Aunque algunas veces se vio forzado a cambiar sus planes, ya sea por una derrota o una amenaza extranjera, siempre antepuso su propia posición a la del pueblo de Nuevo León. La nación o el gobierno federal quedaban en tercer lugar.⁸

En realidad, la postura asumida por el militar y político respecto al control de su entidad y entorno inmediato resultó ser una constante entre los llamados hombres fuertes en distintos puntos del territorio nacional. Puede decirse que el caso de Vidaurri como alguien con poder es el propio del siglo XIX en México, pues con su actuar inspiró y fomentó un federalismo desde su ámbito respectivo. Se trataría –y de nuevo recurre a Tyler– de una especie de “arquitecto del regionalismo” fraguado en Nuevo León y que irradió en una buena parte del nororiente mexicano.

Tras derrumbarse su hegemonía en esa parte del territorio nacional, y con la presión que Juárez hacía con su itinerario en el norte, Vidaurri acabó por integrarse a la propuesta monárquica de Maximiliano de Habsburgo. Como otros ilustrados, militares y políticos de entonces, Vidaurri vio en la instauración del Segundo Imperio [1864-1867] una posibilidad efectiva para mantener su estatus y poder.

El propio Juárez lo declarará traidor al proyecto republicano que encabezaba, en un decreto emitido en Saltillo el 5 de marzo de 1864.⁹ Ya radicado en la ciudad de México, y con la aprehensión y muerte de Maximiliano en Querétaro, aquel que había sido el hombre fuerte de Nuevo León, para entonces considerado traidor, fue delatado, atrapado y fusilado.¹⁰ Ya al principio de la Guerra de Reforma [1859-1861], como intento por apelar a una institucionalidad republicana, el propio Vidaurri

⁸ Ronnie C. Tyler, *Santiago Vidaurri y la Confederación Sureña*, 2002, pp. 38.

⁹ En dicho decreto se manifestaba como artículo único lo siguiente: “Siendo un acto de manifiesta traición lo dispuesto por el Gral. Santiago Vidaurri el día 2 de este mes, convocando a los habitantes del estado de Nuevo León para que concurran a votar por la guerra o la paz y la sumisión a los planes del invasor, todos los que formen las juntas para la votación, o concurran a votar, o de cualquiera modo sostengan o favorezcan el cumplimiento de esta disposición, serán considerados como cómplices de la traición de aquél y quedarán sujetos en sus personas y bienes a las penas establecidas por las leyes”. Tomado de Gálvez, *Regionalismo*, 1983, pp. 196-198 [Apéndice documental].

¹⁰ Para muchos, la llegada del austriaco que encabezó dicho Imperio resultó algo impuesto para México por los intereses de otras naciones. Si bien lo anterior es parte de la explicación, también hay que decir que algunos distinguidos miembros de las élites mexicanas de entonces abogaron por ello y apoyaron el proyecto. Para ampliar en el punto, se sugiere: Erika Pani, *Para mexicanizar el Segundo Imperio*, 2001.

retiraría las fuerzas del Ejército del Norte que se encontraban en la lucha por parte de Nuevo León y Coahuila, en septiembre de 1859, diezmadas por las sangrientas batallas, fragmentadas y sin los recursos que reclamaba al presidente Juárez. Pese a que el propio Juárez lo culpó por defección, además de haber sido suplido en el cargo de gobernador por Aramberri y perseguido por Zuazua y Escobedo para arrestarlo, Vidaurri al poco tiempo se reharía del poder estatal.¹¹

Con todo, cada vez le fue más difícil al caudillo conservar y detentar su posición. Al disiparse las coyunturas que por momentos le habían favorecido –Guerra de Secesión en Estados Unidos, invasión de las tropas francesas, huida de Juárez hacia el norte, instauración del Segundo Imperio–, Vidaurri perdió influencia y poder mientras se imponía el republicanismo liberal.

EL PROYECTO DE *LA REVISTA DE NUEVO LEÓN Y COAHUILA*

Las condiciones de la época señalada, en las cuales se desarrollaron proyectos editoriales de distinta índole (historias, novelas, periódicos, catecismos, revistas), estuvieron delineadas al menos por tres grandes movimientos de onda repercusión cultural y política: el romanticismo, el cientismo y el liberalismo.

Según Isaiah Berlin, el movimiento romántico se desarrolló en lo que ahora es Alemania entre 1760 y 1830. Una constante en la postura de los escritores de esta corriente es reconocerle la valía de lo sentimental, ya que, en un momento en el cual la razón parecía estar por encima de todo, el romanticismo irrumpe para mostrar que el iluminismo tiene sus límites. Así, lo que la sapiencia no puede dar al hombre en su calidad de fuerza humana finita, sí pueden darlo las experiencias y sensaciones inmediatas como el sentimiento. De tal manera, el pensamiento de dichos personajes contrapuso la religión al ámbito científico, así como las cualidades de lo nacional –entre ellas la historia– frente a la generalidad humana.¹²

Al difundirse la escuela o movimiento romántico literario en otras latitudes, por lo general tomó una forma de expresión dirigida a la exaltación de los valores y los sentimientos. Una de las exaltaciones más socorridas fue la que correspondía a la representación de las experiencias nacionales. Puede decirse que en el mundo romántico prevalecían características fundamentales como el optimismo (convicción

¹¹ Gálvez, *Regionalismo*, 1983, pp. 147-150.

¹² Isaiah Berlin, *Las raíces del romanticismo*, 2000, pp. 27.

por la racionalidad y perfección), el providencialismo (conservar y perpetuar ciertas experiencias del pasado) y el tradicionalismo (apelar y exaltar a las instituciones fundamentales según elementos tradicionales). En suma, lo que a los románticos les interesa es rescatar la esencia, el espíritu, lo singular que distingue a un pueblo, a una nación, a un Estado.

En México, al desatarse el movimiento independentista, y aun en las décadas posteriores, el canon romántico, con su respectiva “atmósfera”, se complementará con las aspiraciones políticas, los posicionamientos ideológicos y las costumbres de la época. La poesía de José María Heredia (1803-1839) es señalada como el inicio de dicha tendencia, que desplazó al neoclasicismo. Así, durante las décadas de 1830 a 1850 tal influencia arribó y se dejó sentir con fuerza en el país, en especial mediante la herencia española, a partir de la cual se desarrollaron en el campo literario postulados dirigidos a representar una mexicanidad.¹³

Centrando los argumentos en un estilo de escritura, se ha sustentado que el romanticismo literario mexicano –dentro del cual se clasificaría parte de la escritura de la historia de la época– tuvo su auge entre los años 1836 y 1867. Sus parámetros corresponden a la fundación de la Academia de Letrán y la restauración de la república, respondiendo a las condiciones políticas e ideológicas por las cuales atravesó la nación en dicho lapso. Así, la patria y su destino, la constitución de una identidad y conciencia nacionales, la formación de agrupaciones e institutos científico-literarios, la edición de publicaciones periódicas y un estilo narrativo cuya aspiración era el “descubrimiento” de lo mexicano (lo popular, los problemas sociales, el rescate de las tradiciones, el abonar por una vida institucional), son algunas de las características que se dejan ver como manifestación de ese movimiento.¹⁴

Al propio tiempo, los avances de la ciencia y los progresos tecnológicos de la época (transporte, descubrimientos, expediciones, estudios científicos) también tuvieron influencia entre quienes, practicando ciertos oficios, pugnaron por ejercerlos de forma metódica y proceder sistemático para elaborar un conocimiento con validez científica. Los ilustrados de entonces comparten el ideal clásico de la ciencia, entendida como sistema organizado de validez a partir de ciertas evidencias, la experimentación y la autocorregibilidad. Su actuar lo desarrollaron de forma positiva al dirigir su atención a una realidad efectiva y hechos establecidos para regular y ordenar el espacio público (epidemias, patologías, disfunciones sociales,

¹³ María Esther Pérez Salas, *Costumbrismo y litografía en México*, 2005, pp. 24 y 25.

¹⁴ José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, 2004, pp. 722-731; Carlos Illades, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, 2005, pp. 21 y 22.

problemas políticos, proyectos educativos). Puede decirse que en esa época resultó una constante apelar a la ciencia como aspiración totalitaria e integradora para encarar y resolver distintos problemas de la sociedad mexicana.

La propuesta que desarrolla Charles Darwin (1809-1882) en *El origen de las especies* [1859] sirve como ejemplo para entender el ejercicio científico de entonces, cuyo basamento era aducir a pruebas (observación, comparación, clasificación) para tratar el objeto de estudio (evolución de las especies) y llegar a una interpretación de tipo progresiva (transformismo biológico). Dicha postura también prevalece en el pensamiento social de la época, al poner al progreso como idea rectora del desarrollo del orden (A. Comte) y el evolucionismo que ve al progreso como impulso necesario (H. Spencer). En suma, en el siglo XIX se tuvo un gran optimismo en la ciencia al suponer que los problemas de la humanidad serían resueltos apelando a ella. Sin embargo, varias generaciones después nos damos cuenta de la arrogancia en cuanto a concebir y utilizar tal progreso, lo cual derivó en excesos cuyas consecuencias apenas empezamos a padecer (contaminación de espacios naturales, depredación de especies animales y vegetales, sobrepoblación y hacinamiento, etcétera).

En este sentido, los hombres de ciencia que ejercieron alguna profesión liberal –tanto mexicanos como extranjeros radicados en el país– tras la Independencia ven la necesidad de conocer su patria, sus recursos, sus riquezas, su clima, su territorio, su flora y fauna, lo cual impulsó la elaboración de estudios que dieran cuenta de la condición nacional con el mayor detalle posible.¹⁵ Así, aspectos como la observación, el cálculo, la medición, el orden y la clasificación comienzan a ser valorados y empleados en una incipiente práctica científica dirigida a estudios considerados estratégicos. La institucionalización del ejercicio de comunidades científicas (Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1833) y la publicación de sus investigaciones (boletines, revistas, folletos) dan testimonio de dicha vocación.

Por lo que respecta a las ideas liberales, la prioridad fue constituir de una vez y para siempre el moderno Estado mexicano. Debido a que durante buena parte del siglo XIX lo anterior resultó una asignatura pendiente por las razones expuestas al principio, la élite política e intelectualmente activa reconoció en el Estado a un ente superior, suma del resto de las instituciones nacionales. De ahí que pugnar por la constitución de un Estado nacional fuerte y organizado capaz de dar certidumbre y estabilidad se convirtiera en asunto primordial. Pero no sólo se abonó a ello desde la práctica política convencional (partidos, lucha por el poder, programas

¹⁵ Julio Jiménez, *Las letras mexicanas en el siglo XIX*, 1989, pp. 47-56; Carlos Illanes, *Nación...*, 2005, pp. 27-51.

de gobierno), ya que desde las ideas también se elaboraron propuestas dirigidas a ese objetivo supremo. Y –como se advierte en este trabajo– definir lo nacional, lo mexicano, se fue constituyendo desde las regiones.

Tal espíritu liberal tuvo en Nuevo León un particular impacto al inicio de la segunda mitad del siglo XIX. Por ejemplo, durante el régimen de Vidaurri, se desarrollaron algunos proyectos importantes destinados a crear activos espacios públicos: el Colegio Civil de Monterrey, el parque la Alameda, el Mercado Colón, el trazo urbanístico de lo que será el primer cuadro de la capital neoleonesa, además de ciertas innovaciones en cuanto a la administración de los recursos estatales. Existe otra circunstancia muy especial que el liberalismo asumió en la entidad –y en toda la frontera norte mexicana–, como fue el combate al indígena, considerado como factor que impedía el progreso, el desarrollo y la modernización. Lo anterior representó una de las primeras y más acabadas propuestas que apuntaban a ordenar y modernizar un entorno, que se perfilaba como propiamente urbano a partir del influjo de un programa de gobierno con cariz liberal y progresista.

Pero no todo fue detentar poder político, reorganizar la administración, encauzar un ejército respetable, tener tratos con otros hombres de influencia más allá de las fronteras nacionales o desplantes ante Juárez y su comitiva. Ya en los últimos momentos en los cuales Santiago Vidaurri mantuvo el control en ambas entidades –sin olvidar la relativa influencia que tenía sobre el territorio tamaulipeco, así como sus nexos con la cúpula militar y económica de la Confederación Sureña en Estados Unidos durante la Guerra de Secesión–, comenzó la referida edición de cariz eminentemente regional.

Se ha sustentado que las empresas editoriales empezaron a ver la luz en México a partir de la década de 1820, inspiradas en las experiencias inglesa, francesa y, particularmente, española. Pero fue durante los años de 1830 y 1840 cuando este tipo de propuestas lograron tener un sello nacional y una genuina preocupación por representar lo mexicano. Entre sus características principales destacan la variedad de temas presentados, el dirigirse a crear y orientar una opinión pública, la utilización del costumbrismo como género literario, la fuerte vocación nacionalista y –por tratarse de épocas turbulentas para el país, y ante las consecuentes dificultades económicas imperantes– su corta duración.¹⁶ Si bien hay varias décadas entre ese auge y el proyecto editorial que ahora se menciona, consideramos que *La Revista...* guarda los rasgos y condiciones señaladas.

¹⁶ María Esther Pérez Salas, *Costumbrismo y litografía en México*, 2005, p. 165 y ss.

Además de las similitudes mencionadas, existen algunas particularidades. Por ejemplo, mientras en la ciudad de México varias revistas misceláneas fueron desarrolladas como empresas por libreros y editores (Cumplido, Galván, Fernández de Lara, García Torres), *La Revista...* tuvo el respaldo del Estado, por lo que su carácter fue oficial. También llama la atención la austeridad y sencillez de la publicación al carecer de imágenes, litografías o bocetos de algún tipo, siendo que desde hacía tiempo otras revistas ya utilizaban dichos elementos (*El Mosaico Mexicano*, 1837; *El Museo Mexicano*, 1843-45; *Revista Científica y Literaria*, 1845-46).

La publicación, que saldría a la luz durante algunos meses entre noviembre de 1863 y marzo de 1864, fue editada por Manuel García Rejón (1819-1864). Nacido en Campeche y vecindado en Monterrey desde mediados del siglo XIX, García Rejón fue prototipo del polígrafo de la época, ya que se desempeñó como abogado, político, periodista e interesado en aspectos como el etnográfico y el lingüístico de las culturas indígenas que habitaban la región en torno al río Bravo. Asimismo, como ideólogo y promotor del proyecto viadurrista, fue de los funcionarios más allegados al mencionado hombre fuerte de la entidad. En dicha publicación, entre otras informaciones, se presentaban documentos referentes a sucesos y episodios del pasado regional, convirtiéndose así en uno de los primeros intentos en cuanto a la localización de documentos ubicados en archivos locales y regionales para su organización, estudio y divulgación. Por lo general, lo que se consideraba en dicha publicación como algo propiamente “histórico” eran los episodios suscitados durante la dilatada etapa colonial en las entonces llamadas provincias internas de oriente.

Como lo indica en su título, se trató de una propuesta dirigida a rescatar, presentar y difundir diversos aspectos de lo que se consideraba era la individualidad cultural, histórica y social de ambas entidades, unidas en ese tiempo. Y, de hecho, de buena parte del bajo río Bravo.

El Boletín Oficial del entonces estado de Nuevo León y Coahuila editado en Monterrey –que se encontraba en sus últimos momentos instituido como una sola entidad política y administrativa– presentaba, el 4 de octubre de 1863, el proyecto de la siguiente manera:

Desde el mes entrante empezará a publicarse en esta capital, bajo este título, un periódico, cuyo objeto principal será la historia del estado, desde su conquista hasta la época presente, su geografía, su estadística y cuantas otras noticias puedan de alguna manera dar a conocer esta parte tan importante de nuestra república. El estado de adelantamiento y de progreso en que se encuentran Nuevo León y Coahuila reclamaba ya imperiosa-

mente el establecimiento de un periódico científico, y creemos que “La Revista” llenará esa exigencia de la ilustración del estado, porque se propone también dedicar un lugar de sus columnas a las artes y a la agricultura, sin descuidar de amenizar su lectura con selectos trozos de la mejor literatura. Le deseamos una buena acogida, y esperamos que nuestros conciudadanos comprenderán su importancia y favorecerán la empresa.¹⁷

Por aquella época, aspectos relativos a la ciencia, la literatura y el arte aún formaban parte de un amplio ámbito del conocimiento cuyos límites no estaban del todo definidos. Así, la historia, la geografía, la estadística, la poesía y la literatura del “buen comportamiento” fueron considerados en estos espacios como temas generales. En ello radica la condición miscelánea de dichos proyectos.

Otro aspecto que llama la atención es el sentido de pertenencia, que es posible apreciar desde un par de ángulos: el netamente regional y el nacional. Y es que, si bien el título denota la vocación de *La Revista...*, cuyo interés es el rescate y la difusión de “noticias” acerca de las entidades aludidas, los responsables del proyecto entienden que tanto Nuevo León como Coahuila forman parte de una experiencia y una tradición mucho más amplia como es México. De tal manera, cuando se presenta la transcripción de algún documento sobre las antiguas provincias internas de oriente, un texto sobre la condición que guardaba la agricultura en Nuevo León o se anunciaba el enlace matrimonial de una pareja en Monterrey, se entendía que dichas experiencias formaban parte de lo nacional. Es en tal sentido que, pese a los graves problemas políticos, económicos y militares que se padecían, se apeló a una mexicanidad como tradición desde una región como aquella próxima al río Bravo.

Por otra parte, la aparición de *La Revista...* viene a sumarse a condiciones entonces recientes que pretendían hacer ver a Monterrey como un lugar de progreso y desarrollo. Los mencionados proyectos educativos [Colegio Civil, 1859] o el nuevo trazo urbanístico de la capital neoleonesa [Mapa de I. Epstein, 1865], son muestra de los rasgos que a partir de entonces tuvo el regionote.

Algunos de los participantes en el proyecto fueron connotados personajes locales de la época. Entre ellos destaca el médico José Eleuterio González (1813-1888), quien comenzó a publicar la transcripción de documentos que encontraba en archivos civiles y eclesiásticos sobre sucesos de la etapa novohispana de la entidad. Pasarán tres años para que González publique su primer libro con documentos

¹⁷ Boletín Oficial, núm. 68, octubre 4 de 1863 (AGENL).

de la historia de Nuevo León, por lo que *La Revista...* le sirvió de antesala para desarrollar su faceta de historiador. Juan de Dios Villalón (1839-1902), político y escritor, fue otro de los ilustrados locales que participó en el proyecto con poesía (“Epitalamio”). Llama la atención la inserción de extranjeros que por un tiempo radicaron en la región, como el médico estadounidense Edward Stephenson. Como catedrático del Colegio Civil, Stephenson publicó una “Alocución” que dirigió a sus alumnos con motivo de la conclusión del año escolar. A la lista se suma José Ángel Benavides (1801-1881), sacerdote, quien en uno de los primeros números de *La Revista...* publicó unos “Apuntes para la biografía del Dr. Mier”.¹⁸

Sólo fue posible encontrar y consultar un ejemplar de dicha publicación, en cuya portada se indica la entrega del número 5 con fecha de marzo de 1864. Si, como mostraba el anuncio publicado en el Boletín Oficial, la edición empezó a circular en noviembre de 1863, y puesto que la única evidencia de ello son los 10 ejemplares de ese número –los cuales se encuentran en la Sala de Historia de la Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria, en la Universidad Autónoma de Nuevo León–, se deduce que *La Revista...* salía probablemente a principios de cada mes. Los ejemplares de este número tienen impresos los nombres a quienes irían dirigidos. Pero ante la ya mencionada caída del régimen de Vidaurri –presionado por Juárez en su huida hacia el norte–, que ocurrió en ese mismo mes de marzo de 1864, habría sido imposible que dicho material llegara a sus destinatarios. Se trataba de Teodoro González, Máximo Campos, Jesús P. Valdés, Máximo Valdés, Juan D. Argil, Manuel A. Hernández, Manuel Gutiérrez, Higinio de León, Juan Ignacio Arzave y José María Herrera. Fue el pago que hicieron éstos y otros suscriptores lo que sostuvo el proyecto editorial. Todos ellos se ubicaban en distintos puntos de las entidades aludidas y mantuvieron algún tipo de relación con el gobierno de Vidaurri.

Creemos que el número consultado fue el último de la revista editada en Monterrey, en virtud de que ese mes Vidaurri y sus allegados huyen de la entidad ante la presión de Juárez y se desarticula la unión de las mencionadas entidades fronterizas. La edición, hecha en la imprenta de gobierno a cargo de Viviano Flores, apenas cubría con los cuidados mínimos de una publicación periódica, además de encontrarse en ella ciertos detalles como numeración discontinua de páginas.

Cuando se inicia dicho proyecto quedaban apenas unos meses para que sucumbiera el dominio vidaurrista. Los conflictos políticos y los posicionamientos

¹⁸ José Eleuterio González, *Biografía del benemérito mexicano Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra*, 1876, pp. 23. Al publicar dicha biografía, González señala tres personajes que le precedieron en el tema: Manuel Payno [1865], Manuel Rivera Cambas [1874] y el mencionado José Ángel Benavides [1863].

ideológicos, fomentados por los grupos en pugna, representaron terreno propicio para dar rienda suelta a las supuestas aspiraciones y anhelos que apuntaban hacia una cierta autonomía de sus respectivos ámbitos. Una de esas expresiones fue llevada a cabo por los más destacados ilustrados, los hombres de letras, la élite ilustrada, quienes se alineaban en los distintos bandos en pro de un país que no lograba la estabilidad y orden deseado. Resulta ser éste un testimonio de los distintos proyectos regionales que se desarrollaron a lo largo de aquella centuria, los cuales tuvieron formas de expresión que mostraban las condiciones y aspiraciones de cada entidad.

Para nuestra época, exaltar o exacerbar los nacionalismos –así sea mediante las expresiones locales o regionales que formarían parte de un todo general y amplio–, resultaría ser motivo de críticas y desaprobación, por considerárseles exagerados, innecesarios e incluso amenazantes para la institucionalidad establecida. Sin embargo –y de vuelta al caso que aquí ocupa–, si se considera que se trataba de una época de profunda inestabilidad, como lo fueron los tiempos posteriores a la caída de aquella segunda aventura imperial en México, era más que necesario promover y fomentar ese sentido de mexicanidad, que –valga señalarlo– se planteaba y exponía desde las distintas regiones, con sus respectivas particularidades, experiencias e intereses. Así, dicha publicación estaba preparada y pensada para dirigirse a los *neoleo-coahuilenses* con la intención de que conocieran el acontecer político, literario, histórico y social de esa zona del país.¹⁹ Era necesario –y de eso estaban convencidos los políticos y los ilustrados de entonces– crear y promover un sentido de pertenencia entre los individuos con su entorno y con su país.

Los esfuerzos que dieron vida a las publicaciones de esa época implicaban hacer frente a una perenne inestabilidad, de ahí que a buena parte de ellas les fue muy difícil mantenerse. Como muestra de ello, *La Revista...* resultó breve, fugaz y sobrellevada en condiciones de precariedad. En principio, por el momento en el cual aparece el proyecto, que prácticamente coincide con la caída del poderío de Vidaurri en la entidad. Asimismo, no era la óptima la condición que guardaban las imprentas en poder del gobierno. Además de lo anterior, coincidieron algunos inconvenientes para la edición, como la falta de pagos que por la publicación hacían los suscriptores, que era el principal sustento, así como las críticas que ciertos grupos y sectores hacían de su contenido. El último punto lo expresaban así sus redactores el 13 de enero de 1864:

¹⁹ Dicho adjetivo aparece con frecuencia en las publicaciones institucionales (Periódico Oficial y Boletín Oficial) que circulaban en ambas entidades mientras estuvieron unidas por decreto entre febrero de 1856 y marzo de 1864.

Con el número que circularemos el día 12 del entrante febrero, cubrimos los que corresponden al primer tercio, cuya suscripción nos adelantaron nuestros favorecedores.

Al emprender la publicación de “La Revista” pulsamos varios inconvenientes, entre los que ocupan un lugar preferente las continuas y repetidas observaciones de diversas personas, tratando de disuadirnos de nuestro intento, alegando por ello varias razones, que no es del caso referir; pero constantes en nuestro propósito y haciendo una justicia anticipada a la ilustración de nuestros conciudadanos, cerramos los oídos a esas observaciones, y nos entregamos a las ilusiones de las esperanzas que habíamos concebido.

El resultado ha sobrepujado a esas esperanzas, y tenemos la satisfacción de anunciar: que hemos sido honrados más de lo que nos prometíamos. Nuestra empresa no es para especular: nos hemos propuesto únicamente mostrar un nuevo camino por la ilustración del estado; y aunque no tenemos la presunción de que esa vía sea amplia, sí nos será permitida la satisfacción de haber picado la vereda dándole la dirección que debe conducir al término deseado.

Reciban nuestros favorecedores una muestra ligera de nuestro reconocimiento de que si, como esperamos, continúan su protección a nuestras tareas, tendremos el gusto de adquirirlos, introduciendo en nuestro periódico cuantas mejoras nos sean dable alcanzar con las circunstancias por las que atravesamos.

Suplicamos por lo mismo el adelanto del segundo tercio, para poder espensar los gastos de la publicación y satisfacer los deseos que nos animan por el bien del estado.²⁰

Varios resultaron ser los problemas de esta publicación que, como muchas de su época, tenía el empeño de “educar” y “civilizar” a sus contemporáneos, con la intención de convertirlos en individuos capaces de contribuir al desarrollo de la nación. Pero, al parecer, no existía consenso en cuanto a la forma de llevarlo a cabo. Como lo hace saber la misiva, los grupos que rivalizaban entre sí por el control político veían en este tipo de empresa un efectivo instrumento para lograr sus propósitos.

De lo anterior puede deducirse que existieron individuos y facciones con intereses contrarios a la cúpula gobernante, cuyas observaciones y comentarios hicieron llegar a los editores del proyecto público. Asimismo, ante las condiciones de inestabilidad política por las que atravesaba el país, y especialmente esa zona fronteriza, además de lo precario de las finanzas públicas, se explica lo difícil que resultó echar a andar y mantener dicha empresa. Con todo, fueron cinco los números editados de la publicación entre los meses de noviembre de 1863 y marzo de 1864, justo cuando se desvanecía la hegemonía de Vidaurri.

²⁰ Boletín Oficial, núm. 3, enero 13 de 1864 (AGENL).

COMENTARIO FINAL

Es necesario señalar que el esfuerzo que implicó desarrollar *La Revista...* no fue algo aislado, ya que por esa época aparecieron otras propuestas en distintas partes de la república con una preocupación parecida (*La Revista del Norte*, *La Revista de Mérida*). Según Palti, la élite ilustrada durante la segunda parte del siglo XIX en México resultó ser un activo sector diferenciado que atendió un amplio campo de tareas y actividades. Ello derivó en otra condición que debe considerarse ahora, como fue la creación de sus propios espacios y ámbitos. Es decir, se trató de un momento histórico en el cual empezaron a gestarse un número importante de agrupaciones, sociedades y colectividades respecto a prácticas en los campos como el ideológico, el político, el literario, el artístico, el intelectual o el académico. Resultó ser una tendencia para conformar un amplio horizonte institucional que evidenciaba la necesidad de contar con ámbitos y espacios propicios para desarrollar trabajos, actividades y quehaceres específicos. Ello fue decisivo para que la élite política e intelectualmente activa de entonces se manifestara con más fuerza de forma organizada.²¹

Tal fiebre asociacionista fue, de hecho, heterogénea y plural, con tantos grupos como intereses existían, siendo la constante lograr el bien común. Ese sentido estratégico indicaba qué tareas y proyectos eran necesarios para el país, entre los que destacaba una nueva configuración ciudadana. Dicha premisa supuso, entre otras tareas, elaborar una oferta editorial que plasmara a la nación y sirviera como referente para constituir una opinión pública. Por ello, la tesis anterior es útil para el presente trabajo, ya que, como se mostró desde algunas de esas organizaciones civiles (académicas, científico-literarias, periodísticas, artísticas), se plantearon y difundieron un sinnúmero de proyectos editoriales. Fue ése el caso de *La Revista...*, que desde la frontera norte abonó por mostrar lo nacional desde lo regional. En ese sentido, también debe señalarse la vocación conciliadora del proyecto, ya que mientras otras publicaciones oficiales difundieron versiones incendiarias del regionalismo en Nuevo León (*El Restaurador de la Libertad*, 1848-1856), culpando de todos los males a las políticas dictadas desde la ciudad de México, en *La Revista...* se optó por un tono moderado cuyo compromiso era con el federalismo.

Así las condiciones, en Monterrey se publicaron por entonces varias propuestas de periódicos y revistas cuya periodicidad variaba. Puede mencionarse *La Tertulia. Periódico político y literario*, publicación semanal que empezó a circular el 26 de

²¹ Palti, *Invenición*, 2005, pp. 308.

noviembre de 1864; *La Revista Literaria*, cuyo prospecto se hizo público el 1 de marzo de 1865; *La Gaceta de Monterrey. Periódico político, literario y comercial*, que circuló por el año de 1865. Tiempo después, ya en la hora republicana, inspirados en los ideales liberales, e inmersos en el espíritu del romanticismo, aparecieron *El Centinela* [1867] y *El Atalaya* [1869]. En ellos participaron los más destacados personajes de la localidad, cuya preparación era variada; así, se encontraban abogados (Manuel García Rejón, Trinidad de la Garza Melo), religiosos (José Ángel Benavides), médicos (José Eleuterio González) o literatos (Juan de Dios Villalón). Pese a tales distinciones, todos mostraron preocupación por enaltecer su terruño, su patria chica, que a su vez forma parte de una tradición más amplia como es México.

BIBLIOGRAFÍA

- BOLETÍN Oficial [del Gobierno del Estado de Nuevo León], Monterrey, 1863, 1864 (Archivo General del Estado de Nuevo León).
- La Revista de Nuevo León y Coahuila*, Monterrey, 1864 (Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria).
- BERLIN, Isaiah, *Las raíces del romanticismo*, Madrid, Santillana Ediciones, 2000.
- BRADING, David, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, trad. Soledad Loaeza, México, Era [Colección Problemas de México], 2004 [edición original en inglés 1972].
- GONZÁLEZ, José Eleuterio, *Biografía del benemérito mexicano Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra*, Monterrey, Juan Peña Editor, 1876.
- HAMNETT, Brian, “Benito Juárez. Técnicas para permanecer en el poder”, *Presidentes mexicanos tomo I (1824-1911)*, Will Fowler coordinador, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana [Biblioteca INEHRM], 2004.
- ILLADES AGUIAR, Carlos, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes [Sello Bermejo], 2005.
- JIMÉNEZ RUEDA, Julio, *Letras mexicanas en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica [Colección Popular 413], 1989.
- MARTÍNEZ, José Luis, “México en busca de su expresión”, *Historia general de México* [Versión 2000], México, El Colegio de México [Centro de Estudios Históricos], 5a. reimpresión 2004.

- MORALES, Humberto y William Fowler, “Génesis y evolución del pensamiento conservador en México durante el siglo XIX”, *El pensamiento conservador en México*, Dora Kanoussi (comp.), Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/International Gramsci Society/Plaza y Valdéz, 2002.
- ORTIZ MONASTERIO, José, “La formación de la literatura nacional y la integración del Estado mexicano”, *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, coord. gral., Laura Suárez de la Torre y edición Miguel Ángel Castro, México, Instituto Mora/ Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.
- PALTI, Elías José, *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las formas del discurso político)*, México, Fondo de Cultura Económica [Sección de Obras de Historia], 2005.
- PÉREZ SALAS, María Esther, *Costumbrismo y litografía en México: un nuevo modo de ver*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Estéticas [Monografías de Arte 29], 2005.
- SCHOLES, Walter, *Política mexicana durante el régimen de Juárez, 1855-1872*, trad. Alfredo Quijano, México, Fondo de Cultura Económica [Sección de Obras de Historia], 2006 [edición original en inglés 1957].
- TYLER, Ronnie C., *Santiago Vidaurri y la Confederación Sureña*, trad. Jorge Castillo, Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León, 2002 [edición original en inglés 1973].